6-30-2014

El hombre verde

José Lorenzo Fuentes

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Fuentes, José Lorenzo. 2014. El hombre verde. *Revista Surco Sur*, Vol. 4: Iss. 7, 8-9.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.4.7.5>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol4/iss7/6>

This CUENTO CON TODOS is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

José Lorenzo Fuentes

CUENTO CON TODOS

EL HOMBRE VERDE

Cuando Thalo entró al Salón de los Espejos tuvo el palpito angustioso de haber perdido repentinamente su individualidad. Nunca había sentido un miedo tan específico. Cientos, miles de gatos que tenían sus mismos ojos lo miraban con idéntico desconcierto. Moviéndose subrepticamente la cola para observar el resultado de su investigación, y los cientos, miles de gatos que lo habían estado observando desde el fondo de todos los espejos movieron la cola al mismo tiempo, y detuvieron el movimiento sólo cuando él lo detuvo. Pensó que si se había multiplicado, como acababa de corroborar, en cada uno de aquellos gatos infinitos existiría una porción de Thalo. “Multiplicarse es también dividirse”, reflexionó con creciente malestar, presintiendo que ya nunca más, en ninguna fecha próxima o lejana, volvería a reunir sus partes.

Es verosímil y acaso imprescindible que, entre todas las imágenes ansiosas, la del gato menos dado a la resignación, para escapar al acoso de los espejos, describiera aquel salto elástico que le permitió muy pronto, corriendo desahogado con las orejas gachas reveladoras de su persistente temor, dejar atrás las zigzagueantes callejuelas de los suburbios que le salieron al paso en la imperiosa noche. Magramente iluminado por el parpadeo de las estrellas, atravesó un pastizal, otro, y al fin se detuvo a la orilla del río que lo invitaba a beber de sus aguas. Del susto que aún experimentaba pasó sin transición a la desconfianza, y pensó con suficiente lucidez que nadie puede impedirnos tener sed pero sí tomar agua. Miró a un lado y otro. No advirtió a todo el alcance de su vista, el menor movimiento en la floresta de una persona o de un animal que estuviera acechándolo. Inclino la cabeza y bebió hasta saciarse.

Cuando dejó de beber y se aquietaron las aguas que muy pronto recobraron su bruñida superficie, Thalo se sintió atrapado por la fascinación de un nuevo espejo que esta vez le devolvía la tranquilidad. Mirándose con detenimiento y satisfacción se dijo que el engaño había concluido, puesto que sin la menor duda él era integralmente Thalo, el compendio de todas las imágenes que durante un minuto o dos bailotearon a su alrededor en el Salón de los Espejos. Como no estaba necesitado de sacar ninguna otra provechosa experiencia del episodio, y solo deseaba sepultar en el olvido sus vicisitudes recientes, como quien escapa de una pesadilla, Thalo echó a correr y atravesó en dirección contraria un pastizal, otro, y luego las zigzagueantes callejuelas de los suburbios hasta dar con su casa.

El dueño, que lo estuvo esperando esa noche durante horas, percibió de inmediato que Thalo no había podido eludir alguna peripecia especial que lo iba transformando en un gato taciturno. Aunque la contingencia resultaba aún indescifrable, era obvio que le había suprimido a Thalo muchas de sus peculiaridades esenciales. Se percató del cambio cuando dejó de escuchar sus gruñidos a las siete de la tarde, puntualmente, para anunciarle el inicio del noticiero vespertino de la televisión, o cuando Thalo renunció a ovillarse a sus pies apenas él se entregaba a la lectura de un libro. “El dueño sabe mucho más sobre Thalo que lo que un gato posiblemente pueda saber de sí mismo”, pensó el hombre sacándose las gafas de leer para observar sin estorbo los movimientos circulares de Thalo alrededor del plato de peltre. Evidentemente había perdido el apetito. Sin embargo, al dueño no le alcanzaba la perspicacia para dar con la razón por la cual Thalo dejaba de devorar la diaria ración de pescado con la avidez de siempre.

Eusebio Mosquera, procurando una explicación, dedujo que él le había transferido a Thalo su propio desconsuelo. Rememoró la muerte de Astrid, su mujer, ocurrida dos años atrás, y recalco que aún no lograba reponerse del duro golpe propinado por la enfermedad y la súbita desaparición de la única mujer que realmente amó en su vida. A su falta de resignación la exacerbaba, ahora, la reprobación de su conducta. Sin saber exactamente por qué lo había estado haciendo y qué

oscura fuerza lo guiaba, durante los seis meses anteriores a la muerte de Astrid, mientras ella era sometida a tratamientos de quimioterapia, él viajaba todas las semanas a un pueblito de la costa norte con un pretexto tan bien urdido que le permitía encontrarse con Odilka Escanellas sin despertar la menor sospecha. Cuando el marido de Odilka se aventuraba mar afuera, ella esperaba a Eusebio en la propia cama del pescador, donde los dos eran culpables de adulterio.

A Thalo, en cambio, no le gustaba rememorar las semanas feroces que precedieron a la agonía de Astrid en el hospital. Había entrado a la casa de su nuevo dueño durante un invierno de cinco años atrás, y lo que más lo sorprendió con alegría fue el círculo de repeticiones que se produjo, puesto que la mujer del nuevo dueño se consagró desde el primer momento a proporcionarle todas las tardes una abundante ración de pescado en un plato de peltre, un plato verde, verde Thalo, el mismo plato en que le ofrecía el pescado la mujer del dueño anterior. Experimentó otro agradable asombro cuando se dio cuenta que Astrid y Eusebio hacían el amor sin tener la precaución de cerrar la puerta del cuarto, y desde la sala, ovillado sobre la alfombra, Thalo escuchaba los rumores y quejidos emitidos durante la cópula interminable. La invitación a entrar que prefiguraba la puerta abierta era tan intolerable que Thalo abandonó la alfombra y encaminó sus pasos hacia la alcoba. Un ramalazo de lascivia lo recorrió desde la cabeza hasta la punta de la cola cuando descubrió que su dueño acababa de transferirle sus estertores, el jadeo de los cuerpos machihembrados en la cama. Después de un nuevo salto providencial, Thalo consiguió imaginarse a horcadas sobre el cuerpo de Astrid y mientras lo envolvían los últimos fuegos fatuos del atardecer tuvo la sensación de haberse desprendido de su tiempo y entrado a la eternidad, a un espacio ocupado por su desatinado erotismo, donde también otras numerosas veces había deseado y conseguido penetrar a una mujer.

Un gato nunca articula un gruñido que no esté dirigido a corporeizar sus ficciones. Y como la transferencia viaja en ambas direcciones, Thalo le insufló a su dueño el deseo fulminante de visitar todas las semanas el pueblito de la costa norte donde al fin logró seducir a Odilka Escanellas. Por aquel entonces ya Astrid había enfermado y Thalo procuraba rutas alternativas para su satisfacción. Un único detalle lo llenó de contrariedad: Eusebio y Odilka, sabiéndose culpables, hacían el amor tan secretamente que nunca dejaron abierta la puerta de la habitación. Thalo apenas lograba percibir desde la sala los lejanos jadeos del amor. Pero la paciencia del gato es infinita, tan inagotable como su silencio. Ninguna razón de orden moral, ningún escrúpulo de conciencia le imposibilitaban esperar el instante prodigioso, como no le habían dificultado premeditar la realización de su fantasía más tenaz.

En una de sus pesadillas recurrentes, Thalo se vio perseguido por las imágenes incesantes de los infinitos gatos que poco antes lo habían mirado con asombro en el Salón de los Espejos. Desde el mismo momento en que, víctima de un acceso de pánico, describió el salto que lo instaló de inmediato en las zigzagueantes callejuelas de los suburbios, desde ese instante irrecuperable los cientos, miles de imágenes de gatos, constatando que algo les había sido suprimido, que algo les faltaba, salieron en busca de Thalo para restaurar su completitud. Lo buscaron inútilmente en un pastizal, en otro, y hasta en la orilla del río donde Thalo se detuvo a beber, pero no fueron capaces de dar con la dirección de su casa. Thalo comprendió que más que pesadillas recurrentes, tenía sueños premonitorios. Sin duda, el vértigo de gatos que lo perseguía estaba diseñándole el futuro pero también aconsejándole que podía rehuir cualquier desenlace fatal si se daba a la fuga. Salió, despavorido, al encuentro de su destino: al pueblito de la costa norte, donde Odilka lo estaba esperando. Cuando el marido salía mar afuera, ella lo recibía abierta de piernas en la misma cama donde todas las noches yacía con el pescador. Aunque fue su alucinación más persistente, hasta entonces Thalo nunca había hecho el amor con una mujer. Aprovechó que Odilka estaba dormida, que era incapaz de rechazarlo. En su sueño, Odilka advirtió que Eusebio Mosquera le arrancaba ávidamente la braga, ronroneaba alrededor de su sexo, le sorbía las primeras humedades y finalmente la penetraba. “Estaba escrito”, balbuceó Thalo a horcadas sobre Odilka, satisfecho de haber urdido el plan que a cambio del adulterio de su dueño le procuraba la oportunidad de compartir el lecho con una mujer. “No podía ser de otro modo, aunque sea la última vez en mi vida”, murmuró cuando se percató sin espanto que las incontables imágenes de gatos, atraídas como Thalo por el deseo de entrar en una anatomía femenina, al fin habían conseguido localizarlo, y arribaban en tropel a la cama donde todos se fundieron en un solo gato, arañando, gruñendo y aullando de placer.